

La Andina del Plata

PUBLICACION LITERARIA ILUSTRADA.

DIRECCION Y ADMINISTRACION

EN SU IMPRENTA

CALLE SANTIAGO DEL ESTERO, 176.

APARECE LOS DOMINGOS.

PRECIO DE LA SUSCRIPCION, 10 \$ AL MES.

FUERA DE LA CIUDAD, 12 \$

SUMARIO.

La Virtud, por Tomás Gutiérrez—Los hombres y las olas (poesía), por José L. Baez—Los tres avisos (Cuento fantástico), por F. M.—El baile (poesía), por Ramon Oliver—Emblema de los colores, por Flora—Á Aurora (poesía), por J. T. Salvany—Modas: Correo de Damas, por Lelia—¡Pobre loca! (poesía), por Pedro Barreira—Novelistas españoles: Fernan Caballero, por Armando P. Valdéz—Revista General.

La Virtud.

(APÓLOGO.)

A mi amigo A. F. Lértora.

Veis aquella doncella hermosísima en cuya frente inmaculada esparce sus tintes suaves la rosa naciente del pudor; en cuyos ojos brilla límpida y serena la llama interna de la conciencia, sin mancha; cuya boca sonriente se entreabre dulcemente, para exhalar los perfumes de la inocencia; cuyas formas de puros y finos contornos, velados modestamente, hacen adivinar las maravillas de la naturaleza en su esplendor virginal; coronada, como por una auréola celeste de tornasoles, por el joyante cabello cuyas hebras de oro se rizan al soplo de los céfiros enamorados?

La conocéis?...

Sigámosla.

En el palacio de la opulencia soberbia, se sienta al lado del príncipe, y le hace ver lo efímero de las riquezas humanas; avisándole

contra los amargos sinsabores de la envidia malvada; y el grato bienestar del que se contenta con su suerte, sin desear mal al poderoso!

En la choza del menesteroso, se acerca al anciano venerable y besa sus blancos cabellos con respeto; enjuga las lágrimas del triste que desespera, y le habla de Dios, de la fé, de la esperanza; cubre con su manto los miembros entumecidos de la madre atendida, y, al estrechar contra su albo seno al niño inocente, le bendice y le conforta con dádivas y caricias bienhechoras!

La conocéis?...

Sigámosla.

Miradla! El soberbio ha caído y blasfema, y ella corre á levantarle; le habla de la resignación; su hermana; de la esperanza inmortal; su alma, y el soberbio la rechaza y vuelve á caer; y ella vuelve á levantarlo!

Miradla! La virgen flaquea y el vil seductor rie con diabólica alegría ante las delicias impúdicas del triunfo próximo, y ella sostiene entre sus brazos á la virgen casta; la comunica sus fuerza y su espíritu celestial; y huye el malo, maldiciéndola; y el bueno la santifica en su corazón!

Miradla! El misero labrador ha perdido su mezquina cosecha: la semilla fructificó y el insecto dañino se la ha devorado! ¡Adios pan para sus hijos! ¡Adios sueños dorados de sus pequeñas aspiraciones: tan pequeñas que harían reír al rico, tan grandes, para él, que, perdidas, le hacen desear la muerte, y ver, en su rústica simplicidad, un castigo del cielo, en un sencillo accidente de la tierra. Mi-

radla! Enjégale la frente pálida y sudorosa; levanta la *amda* mohosa; la limpia con sus manos: abre ella misma el zurco y esparce la semilla. La fe y la esperanza renacen en el alma del desgraciado; la paciencia santa, orea el terron feraz, y el grano brota abundoso y bello, como las bendiciones del corazón, por la gratitud conmovido!

La conoceis ahora?.....

Ab! Miradla! El mundo la mira asombrado, primero; luego la insulta y se rie con irónica incredulidad de sus acciones, siempre iguales, siempre armónicas, lo mismo en el recinto bullicioso de las fiestas mundanas; que en el hogar tranquilo, aunque miserable, del desheredado de la fortuna; lo mismo entre las risas descompasadas de los frenéticos placeres; que entre los gemidos y el llanto de la tristeza inconsolable; y ella mira al mundo grosero con la pupila trasparente y serena del justo, y, con palabras mansas, le avisa su maldad; y el mundo la llama hipócrita, y la calumnia y la repele, porque la envidia habló en el corazón del perverso: y ella sufre y llora silenciosamente; y todos la miran y la abandona, con recelo— ¡hasta la gratitud! y, al fin, muere sola, pero blanda y sosegadamente, como un suspiro de la brisa en el cáliz de las flores perfumadas! En sus labios no hay señales de amargos reproches; en su rostro no hay huellas de remordimientos; sus bellos ojos se han cerrado solos, como la sensitiva, al contacto extraño de la parca fatal; y suspensa en sus largas pestañas, brilla la lágrima purísima que acompaña al espíritu que se vá, hasta el límite de la materia insana!

Ah! ¡ Ahora que ha muerto la conoceis!

Oh, noble y augusta Virtud! ¡ Mil veces seas bendita de los mios; y en mi modesta mansion, donde tienes un altar en cada uno de sus corazones, las sombras fatales de la maldad y la impudicia, sean sombras de sombras á la lumbré sacrosanta de tu llama inmortal!

TOMÁS GUTIERREZ.

Buenos Aires, Marzo 5 de 1879.

Los hombres y las olas.

DOLORA.

Forman del mar el estruendo,
Perpétuamente rodando,
Las olas que van, cantando,
Y las que vienen, gimiendo.

Y así, en progresion constante,
Del mundo forman el ruido,
Lloros de recién nacido
Y salmos de agonizante.

Sin que, en concierto profundo,
Nunca lleguen á variar,
El movimiento del mar
Ni la rotacion del mundo.

En mi mente, aterradora,
Una duda se levanta:
El que se vá ¿qué bien canta?
El que viene ¿qué mal llora?

¿Qué significacion tienen,
Qué influencia ejercerán
Olas que vienen y van,
Hombres que van y que vienen?

¿A qué llegan, y porqué?
¿Para qué se van, y á dónde?
Todo á mi razon se esconde,
Y esto solo es lo que sé:

Que olas y hombres viniendo,
Hombres y olas marchando,
Al marchar, parten cantando
Y al venir, llegan gimiendo.

JOSÉ L. BAEZ.

Los tres avisos.

(CUENTO FANTÁSTICO.)

Quando yo era pequenito (de esto hacen ya muchos años) me referia mi abuela el siguiente hecho que tengo el capricho de remitirle á usted señor Director, por si lo cree digno de publicarlo en *La Ondina*.

Erase D. Enrique un jóven guapo y saludable, rico y enauarado, hasta la punta de los cabellos, de la preciosa Georgina.

El día de bodas solo se respiraba placer en su casa y la alegría se dibujaba en todos los semblantes.

De pronto oye el novio una voz que le llama á su cuarto; entra en él y con quién le parece á ustedes que se halla cara á cara? Con la mismísima Muerte.

—Lo siento, hijo mío,—le dice—mas es necesario que me sigas.

—¡Seguirte!—exclamó el infeliz. ¿Pero tú sabes lo que dices?

—Si que lo sé y te compadezco; pero es preciso.

—¡Morir ántes de casarme! esto es horroroso. ¡Morir sin haberme preparado á ello! ¡Qué será de mi alma! ¡Qué será de mis bienes! ¡Que será de la pobre Jeorgina!

A estas exclamaciones añadió tantas otras, que al fin la señora del manto negro se compadeció y le dijo:

—Sea, buen Enrique; no quiero turbár la felicidad que aquí reina y la esperanza que te anima; vive todavía, y acepta como regalo de boda un nuevo favor; ántes del día en que de nuevo deba aparecer á tu vista, me haré anunciar tres veces, para que tengas el tiempo de prepararte á seguirme como todo buen cristiano.

Si Enrique no hubiese creído quedarse entre los brazos de la Muerte; se hubiera lanzado á ellos para expresar la satisfaccion que le causaba esta tan inesperada cuanto lisonjera concesion.

Cuando volvió á la sala todos creyeron que venía de hallar un tesoro y lo había hallado en efecto: el tesoro de la existencia.

Muchos años transcurrieron. Su mujer siempre amorosa le cuidaba con cariño; sus hijos crecían en el santo temor de Dios y sus haciendas prosperaban como nunca; así, de placer en placer y de satisfaccion en satisfaccion, llegó hasta á jugar con sus nietecillos y en lo ménos que pensaba era en la Muerte.

Pero un día, despues de haber tomado el sol y de haber sido conducido á su alcoba, se le aparece la enlutada.

—Acercas bien,—le dice—no os distingo.

—Soy yo,—le responde aproximando su descarnada faz á la del anciano.

—¡Tan pronto!—exclama este.

—¿Cómo, tan pronto? Cuentas casi cien años y todavía te quejas de mi venida?

—Quéjome sobre todo de tu falta de palabra.

—La Muerte no falta nunca á la suya.

—¿Y si hubiese faltado se retiraría?

—Al momento.

—¿Pues dónde está ese ministro que debió avisarme con anticipacion tu llegada, no una, si no tres veces?

—Creo, amigo mío, que no puedes estar quejoso. Jamás ha gozado hombre tanto como tú has gozado en riquezas y en salud. ¿Crees que una vida sin dolencias pueden contarla muchos por espacio de noventa y ocho años.

—Poco á poco, señora mía; en cuanto á eso habría mucho que decir. Hace cuatro años que me quedé paralítico; hace dos que voy perdiendo la vista y la memoria por completo y, últimamente, de un año á esta parte, padezco unos desmayos que hacen llorar de continuo á mi pobre familia.

—¿Y no te he advertido lo bastante?—respondió la Muerte, indignada.—¿No has reconocido en esos males á los ministros de mi reinado? Sígueme sin mas dilacion y Dios cuide de tu alma.

Al terminar este cuento añadía mi abuela: —“Así, hijo mío, vá por el mundo el hombre insensato. Desprecia los avisos del cielo y embebido en los placeres de la existencia acaba dirigiendo casi un reproche al que tantos beneficios le ha concedido.”

Y creo que mi excelente abuela no carecia de razon.

F. M.

Buenos Aires 1879.

El baile.

Velado el rostro de antifaz de seda,
Luciendo trajes de valor; mil máscaras
En torno del salon, cual mariposas
En delicioso vértigo giraban.

¡Aquello era gozar! Rientes los labios,
Los corazones como el mar en calma,
Y el rayo del placer en las pupilas
Donde ayer una lágrima brillaba!

Aquello era vivir! Porque allí mueren
Los recuerdos que el alma despedazan,
Los gritos ay! del corazon humano
Los apaga el bullicio y la algazara!

Yo tambien ¡ay de mí! desesperado
Transido de dolor lancé mi barca,
A eso mar de placer, donde se olvida
Hasta de Dios, el alma !

Y entre el delirio del alegre baile
Entre los giros de revuelta danza
Ay ! me arrojé, para arrancar tu imagen
Del fondo de mi alma !

Entre el oleaje de la turba loca
Me sumergí con mi dolor, ingrata!
¡ Hasta he fingido amor á otras mujeres
Por ver si te olvidaba !

Mas ay ! en vano fué; porque el cariño
Que tras la huella de tu pié me arrastra,
No muere entre el bullicio de la vida,
Ni en la tumba se apaga!

RAMON OLIVER.

Buenos Aires, Febrero 24 de 1879

Emblemas de los colores.

En los tiempos felices de la *caballería*, en que la belleza distribuía coronas, en que todas las fiestas eran juegos guerreros y todo los juegos eran homenajes rendidos á la gloria y á las damas, se sintió la necesidad de crear un nuevo lenguaje, que pudiese, no hablando mas que á la vista, manifestar sentimientos que no podían expresarse con la palabra. Tal fué el origen de esta ingeniosa union de divisas y colores que distinguía á los caballeros.

Cuando un amante desesperado se presentaba en la arena, manifestaba su amor por medio de los prodigios de su valor; mas la banda y el pabellon pintados de encarnado y de violeta anunciaban la turbacion de su alma. Si despues de la victoria la señora de sus pensamientos se decidia á poner fin á sus tormentos, debía amanecer ella al dia siguiente con el *verde* del espin blanco, adornado en cintas *rosadas*, que significaba la *esperanza en amor*.

Los antiguos representaban los cuatro elementos por los colores siguientes:

<i>Colorado</i>	El fuego.
<i>Blanco</i>	El agua.
<i>Azul</i>	El aire.
<i>Negro</i>	La tierra.

Representaban tambien las cuatro estaciones del año, de este modo:

<i>Verde</i>	La primavera.
<i>Púrpura</i>	El Estio.
<i>Amarillo</i>	El otoño.
<i>Gris</i>	El invierno.

El cristianismo dió nueva energia á la lengua de los colores; las pinturas de las iglesias, así como las pinturas de Egipto, tuvieron en su principio una doble significacion: la una aparente para el vulgo, la otra oculta que se dirigia á la creencias místicas, y no podia ser comprendida sino por el pequeño número de los iniciados en la ciencia de los símbolos. Seguidamente dió principio la era aristocrática, y desterrado lo simbólico de las iglesias, debió refugiarse en la corte; desdeñado por la pintura que se convirtió en arte, se le vuelve á encontrar en el blasón. Ultimamente, la galanteria de los moros y su misticismo vinieron á cerrar la era aristocrática y dar nacimiento á la lengua popular de los colores, que se ha conservado hasta nuestros dias; hé aquí sus principios mas generales.

AMARILLO.

Gloria, segun los antiguos.—*Infidelidad, segun los modernos.*

Los antiguos hicieron del color amarillo, que es el del sol, el emblema del esplendor y de la gloria.

Céres, diosa de las cosechas, se representaba con un vestido amarillo. Homero pinta á la *aurora* rodeada de un velo del mismo color.

Segun los modernos, el amarillo ha venido á significar la infidelidad.

AZUL.

Pureza de sentimientos.—*Elevacion del alma.*—*Sabiduria.*—*Piedad.*

El azul es el color del cielo; Juno, que representaba el aire, se vestia de azul celeste. Pintan tambien á Minerva, diosa de la sabiduria vestida con un manto azul.

BLANCO.

Buena fe.—*Candor.*—*Pureza.*—*Inocencia.*

Los sacerdotes egipcios, griegos y romanos se vestian siempre de blanco. Este color era tambien entre ellos un signo de alegría, y los antiguos se presentaban de este modo en los festines. Los griegos y romanos que á los principios habian consagrado el negro al duelo, prefirieron

el blanco bajo el dominio de los emperadores.—Aquellos que aspiraban á la magistratura ceñían togas blancas, lo que les dió el nombre de *candidatos*. El blanco es siempre el color mas adoptado por las vírgenes.

NEGRO.

Luto.—Dolor.—Desesperacion.

El color negro usado como luto se refiere á las mas antiguas tradiciones religiosas. Un cuervo se presentó á Apolo para anunciarle la infidelidad de su amante: este pájaro era blanco; mensajero de duelo, sus plumas y las de toda su raza se cambiaron en negro, color que llegó á ser entre los moros el emblema del dolor, de la desesperacion, de la oscuridad y de la constancia.

PÚRPURA.

Poder supremo.

Este color era el de los mantos de los emperadores romanos. Se representa á Júpiter vestido con un manto color de púrpura para denotar la soberanía de su poder.

ROJO.

Pudor.—Ardor.—Amor.

El flámeo ó velo que llevaba ordinariamente la sacerdotisa que presidía los matrimonios era de color rojo, por su analogía con el color del pudor.

Esta sacerdotisa no podía disolver su matrimonio por el divorcio; tambien adornaban con el velo á las jóvenes casadas el día de las nupcias, como señal de un buen presagio.

ROSADO.

Juventud.—Amor.—Ternura.—Preferencia.

Este color es el mas tierno y alegre. Su delicadeza conviene á Hebe, diosa de la juventud.

VERDE.

Esperanza.

Siempre se ha considerado al verde como el símbolo de la esperanza, sin duda porque la misma presagia los bellos días y las hojas preceden á las frutas. El verde claro se consagraba á Neptuno: las Nereidas se representaban con mantos de este color, que era tambien el de las cintas con que ataban á las víctimas ofrecidas á los dioses marinos.

Amaranto.....	Gloria.
Amarillo pálido.....	Infidelidad.
Amarillo vivo.....	Riqueza.
Azul.....	Ciencia.
Blanco.....	Inocencia.
Carmesí.....	Piedad.

Escarlata.....	Penetracion.
Encarnado.....	Salud.
Gris.....	Simplicidad.
Indigo.....	Ascetismo.
Morado-oscuro.....	Recuerdos.
Naranjado.....	Brillo moderado.
Negro.....	Duelo.
Pardo.....	Melancolía.
Púrpura.....	Grandeza suprema.
Rosado.....	Amor.
Rojo.....	Ardor.
Rubio.....	Desconfianza.
Verde.....	Esperanza.
Violado.....	Tiernos deseos.
Violeta.....	Amistad.

Tales son los emblemas principales de los colores.

Fácilmente se deja comprender que de la union de estas diferentes tintas se pueden formar mil matices, cuyo valor procede de los radicales que las forman.

FLORA.

A Aurora.

Cuando, tras noche lóbrega y fria, brilla una aurora pura y serena, entona el ave su cantilena de los jardines entre el rumor. Y al dulce canto del pajarillo la blanca aurora no siendo ingrata, derrama en cambio rayos de plata que los efluvios son de su amor.

¿Qué eres tú, niña, sinó la aurora?
¿Qué es el poeta, si no es un ave que melodiosa, tímida y suave, himnos te canta de gratitud?
Si eres aurora, cual yo soy ave, al triste pájaro que te enamora dale un efluvio de tu alba aurora, dale un reflejo de tu alba luz.

Serena Aurora, tú de mi noche rasgas la niebla densa y umbria, mi lira en cambio tierna te envia grato y sonoro, blando rumor. Ahí van mis versos: notas de un arpa, no son estruendo de épicas trompas; ánalos, niña; mas no los rompas, porque van en ellos mi coras ».

J. T. SALVANY.

Modas.**CORREO DE DAMAS.**

Es tiempo, ya lectoras, de que empecemos á resolver esos oscuros problemas que nos presenta la moda á la llegada de cada nueva estacion.

las que consiguen hacer brillar y descolgar á la verdadera elegancia.

Yo me complazco cuando admiro el ingenio que despliega la mujer para colocar con tanto arte como gracia, esos accesorios que forman la parte primordial del traje femenino.

No he podido ménos de sonreír alguna vez, al



Las unas tienen el don de saberlos resolver con mas facilidad que las otras, lo cual fomenta rivalidades; no obstante, estas rivalidades son ver á una jóven que daba mil vueltas para colocar las guarniciones á un vestido; por otra parte la pollera el adorno y se colocaba á una dis-

tancia para contemplar el efecto que hacía, y esta maniobra duraba largo rato; prendía y desprendía hasta conseguir realizar el *ideal* de su gusto.

Cuántas veces me ha sucedido á mí que después de haber concluido de adornar un traje me he encontrado con que no estaba hecho á mi *completo* gusto y he empezado á meterle tijera para sacar de un lado y poner en otro!

La mujer que sabe y puede hacerse por si misma sus trajes, experimenta doble satisfacción al ponérselos: la una es la misma que sienten los que los mandan hacer—el lucirlo—la otra, y mas placentera para ella, es cuando elogian la correcta elegancia de la forma y el gracioso orden de las guarniciones—cuando una amiga le dice — “qué lindo está tu vestido” — ella exclama precipitadamente, resplandeciente su rostro de satisfacción — “yo lo he hecho!”

Lo único, lectoras mías, que yo no puedo pasar, que se *fabricuen* en casa, son los sombreros. A este respecto hablaba dias pasados con una amiguita mia muy hábil — “Yo, me decía ella, me hago los trajes, bertas, fichúes, chalcos de encaje, tocados de teatro y baile; todo los adornos que corresponden á un traje, por mas lujoso que sea, los hago con gusto y me los pongo sin ninguna desconfianza, pero en lo tocante á hacer gorras ó sombreros no me hablen; ese don es peculiar de las francesas, solo ellas saben hacerlo con perfección.”

Y la cuestion sombreros es lo que principia á ocupar nuestra atención.

Para elegir sombrero se necesitan las mismas precauciones que con los peinados.

Felizmente los sombreros que se llevarán el próximo invierno son de dimensiones regulares; he visto infinita! de modelos y entre ellos muchos demasiado grandes, pero pequeños ninguno.

Entre nosotras el sombrero no tiene mas misión que la de adornar, no es como en los hombres que es un objeto de utilidad pues en verano guarece su cabeza de los ardientes rayos del sol y en invierno del escarchado aire.

Al sombrero de invierno acompaña siempre una pluma grande ó un penacho de pequeñas; a lomo es este, que parece, ó mejor dicho que dá, un aire decidido, un aire de bravura. Flexibles y encorvadas, tienen una especie de gracia guerrera, que, recuerda el penacho de la cimera de los soldados de caballería y que por este mismo forma un amable contraste entre la delicadeza de la mujer y la acentuacion guerrera del adorno de su sombrero. Una sola pluma es tan elegante como arrogante, sobre todo, cuando está vuelta hácia atrás y cae sobre el pelo. La pluma puesta así, que se estremece al menor movimiento, parece que manifiesta en sus múltiples vaivenes la energía de la voluntad, las palpitaciones de la vida.

Muchas plumas rizadas, reunidas en copo ó

dispuestas con simetría y formando diadema, tienen la expresion de riqueza y de alta distincion. En cuanto á los pájaros de las islas que despliegan las alas en un nido de plumas negras sobre un follaje tornasolado como las moscas del Brasil, es imposible ver en un adorno una intencion mas marcada, magnificencia y seriedad que conviene á las personas que ya han dejado atrás á la juventud.

Las plumas de *marabú*, así ondulantes y vaporosas como son, no convendrían mas que á damas de edad madura por la razon que esas plumas añaden al espectáculo del sombrero una opulencia de la cual una jóven no tiene necesidad, pero que puede hacer refrescar á una belleza marchita.

Todos los sombreros de otoño llevarán felpa, raso, plumas, alfileres y flores.

He visto modelo de un hermoso sombrero de forma *Renacimiento* de una linda *Capota* mas grande y con algunas modificaciones de las que se llevaron el invierno pasado; es con el ala ancha y levantada sobre la frente, *bavolet* al contorno y cinta cruzada por encima. Tiene bridas pero siempre muy angostas. Las cintas es lo mismo que sean de raso, moaré, de seda labrada ó de terciopelo.

La forma *Cubrioleil* (véase el figurin del número pasado de *La Ondina*) parece que va á ser una de las formas que tengan mas aceptación.

Un modelo de este género, es de fieltro negro y felpa igual. Un raimo de cinco plumas blancas vá sobre la copa y una gran pluma *sauce* lloran blanca sobre el costado: bridas de raso negro atraviezan la copa.

Otro modelo, tipo igualmente elegante, es de estilo *Directorio* de fieltro de larga seda. Está compuesto de gris claro y oscuro; el ala está levantada adelante con un raimo de rosas de Bengala sin follaje: un penacho de tres plumas dos gris y una rosa, están colocadas sobre el costado: las bridas de raso muy largas cruzan las alas.

Como sombrero de gran fantasia voy á citaros uno *Judit*. Es de fieltro blanco; lizo, rodea la copa una guarnicion felpuda; una larga draperia de fava blanca, con una linda mariposa oscura, disecada, en medio de plumas blancas rizadas; bajo el bavolet un grupo de rosas de Dijon.

Otro sombrero *Romeo*, género toca, es en terciopelo verde mirto, con el borde abullonado, teniendo por único adorno un grupo de cinco plumas de mirlo bronceadas. Bidas de raso verde atraviesan la copa lo que imprime á las alas un sello particular.

Un sombrero *Devonshire*, modificacion feliz del *Gainsborough* de fieltro negro y raso con seis plumas sobre un costado. Una toca *Persa*, toda de plumas rizadas *verde mar* y sobre el costado un ala de *martin-pesador*: sombrero *Ni-*

niche; sombrero *Croizette*; toca *Americana*; sombrero *Princesa Elena*; toca *Rusa*; sombrero *Mariscal*; todos estos sombreros hacen furor lectoras mías, en ese centro revolucionario de la moda que se llama París.

El sombrero *Gainsborough*, es lindísimo; es por el estilo de los llamados por nosotras *mitrista*; rodea la copa una pluma muy grande cuya punta cae hacia atrás.

Todos estos modelos son de un género original pero de buen gusto, poco recargados de ornepes que hacen muchas veces perder el efecto á un sombrero. Las damas de una elegancia verdaderamente distinguida, saben evitar esta multitud de adornos con brillo que chocan al buen gusto. La elegancia bien entendida es sencilla, ella no excluye, sin embargo, algunos adornos de fantasía.

Actualmente alcanzamos la época de las *meditaciones sombreriles*; no hay mejor cosa lectoras, que el ir á una tienda de modas y probaros cuanto sombrero esté á vuestro alcance y entonces elegireis aquel que siente mas á vuestro rostro.

Los sombreros de niñas serán muy grandes y extremadamente sencillos; el ala forrada en terciopelo ó raso de color, vá levantada y fijada en el fondo por un grueso nudo ó un *pompon*.

Y como me parece que ya es mucho hablar de sombreros voy ha describiros los figurines de *La Ondina* de hoy.

Trajes de niños.—1.^a figura.—Traje de cachemira asargada y terciopelo nutria para niña de 13 años.—Pollera de terciopelo plegada á la religiosa. Túnica de vicuña, género Inglés; un grueso orillado de raso del mismo color encuadra las delanteras y figura una coraza sobre todo el largo del medio; grupos de botones de nácar adornan á esta coraza. Dos cuellos caídos ribeteados de raso completan lo alto de la túnica. El medio de la espalda forma una casaca *postillon*, mas abajo vá un gran lazo de terciopelo reteniendo los pliegues de la pollera. Cuellos y mangos plegados.

2.^a figura.—Traje de paño gris para niño de 6 de años.—Pantalon corto y derecho.—Blusa lisa cortada al sesgo y cuya abertura parte de la espalda izquierda; la orilla de la abertura vá guarnecida de una hilera de botones que continúa hasta abajo. Ribete de cinta en el borde de la blusa; un cinturón del mismo paño igualmente ribeteado.—Medias de lana asargada.

3.^a figura.—Traje de faya color rosa para niña de 5 años. La pollera de forma toda derecha, estilo Inglés, está completamente tableada y termina en el bajo por un voladito de faya y un fleco de bellotas. Un ancho cinturón de cinta rosa bandea la pollera y termina atrás en un gran moño. La manga angosta está guarnecida de un volado. Cuello y mangos rizados.

4.^a figura.—Traje de cachemira y faya azul de dos tonos para niña de 11 á 12 años.—Pollera de faya, plegada á la religiosa; los pliegues son retenidos interiormente por corlones el último se coloca á distancia de diez centímetros del borde inferior. Un volado de cachemira azul guarnece la orilla de la pollera.—Polonesa de cachemira. El medio de la espalda está guarnecido de un peto de faya que se detiene un poco mas abajo del tallo; bajo de este peto vá un enjarejado con siete ú ocho hileras de fruncidos. Un sesgo de cachemira encuadra el alto de la espalda simulando un cuello marino. Chaleco de faya. Plegado de faya al borde de las mangas.

LÉLIA.

¡Pobre loca!

"... las lágrimas perdidas se evaporan
"huyendo de la escoria de este suelo.

"¡ Porque las almas que de amor las lloran
"no van tras de ellas con su amor al cielo !!

Ah ! no llores, mujer, sobre la loza

De la tumba sombría!

Donde ha caído tu esperanza hermosa

Donde yace tu amor de solo un día!

No vayas á regar las flores tristes

Con lágrimas del alma fugitivas!

Porque esa abnegacion con que te vistes

No es guirnalda de eternas siemprevivas!

Las lágrimas vertidas en tu duelo

Del mundo van á caer sobre la escoria!

No tocarán el límite del cielo

Para contar á Dios tu triste historia!

Qué? piensas que es eterno el extravío

Con que el dolor señala tu existencia?

¡Oculta tu pesar al mundo impío—

Que rie y satiriza tu demencia!..

No debieras llorar!...se te esclaviza

Y tienes que inventar triste ficcion!

La ley de sociedad que martiriza

Oprime tu llagado corazon!

Mujer eres al fin!—se te adivina!

Es íntimo el raudal de tu ternura!

¡Marchitase tu frente, peregrina!

Imágen de una estatua de amargura!

Y no puedes mentir!—y luego lloras
Y ofúscase de tu razon la luz!
Sofoca tu pesar!—¿acaso ignoras
Que la vida termina en una cruz?

Pobre loca de amor!... jóven y hermosa
Bebiendo ya la hiel del desencanto!
Que llora en sus delirios afanosa
Con el lamento amargo del quebranto!

Se le obliga á callar la pena intensa
Que el pensamiento apaga y la razon;
Y es sublime su afan, y noble, inmensa
É inmortal su ilusion!

El mundo es un arcano indefinible
La aurora del amor dura un minuto!
El ideal de la gloria es imposible!
Al mas corto placer, sucede el luto!

Ayer esa mujer feliz sonreía
Por la luz de la dicha iluminada;
Y su vida—infeliz! hoy maldiceia
De un sepulcro en la loza arrojada!

Qué tristeza sin fin!—qué desventura
En su alma arrojará dudas extrañas!
Y es horrible, tremenda, su amargura
Porque alienta otra vida en sus entrañas!

Pobre loca! tu afan, y tu extravío
Y tu amor, se maldice en tu existencia!
—¡Ampárala, Señor, que el mundo impío
Se rie sin piedad de su demencia!

PEDRO BARREIRA.

Buenos Aires, 1878.

Novelistas españoles.

FERNAN-CABALLERO.

Yo he leído muchas novelas; todas cuantas hube á mano en los felices tiempos en que con la mayor inhumanidad me obligaban á estudiar humanidades. Mi profesor de latin, una especie de arcaismo semoviente que nos traducia con espasmos de regocijo la descripcion de Vénus Cytherea en la Eneida, y con lágrimas en los ojos las quejas de Ariadna abandonada, me tiene sorprendido no pocas veces enfrascado en la lectura de *Juan Pa-*

lomo. Esta lectura, llevada á cabo en los momentos mismos en que se volvía por activa y por pasiva á la diosa mas amable y despreocupada del paganismo, constituia un verdadero descafo á la mitología y como tal era castigado. Pero esto no impedía que yo siguiera simpatizando con todos los enjendros de Ponson du Terrail, Paul Féval, Sue, Fernandez y Gonzalez, Dumas y tantos otros. Mi cerebro parecia el salon donde se hubiera dado cita la sociedad mas escogida de Paris y Sierra Morena. *Juan Palomo, Juan Valjean, Juan Larus, La Dama de las Camelias, Los siete niños de Eciya, El Caballero del Aguila, Candelas, Miquelito Caparota*, y muchos otros de igual jaez, á todos los recibía yo en mis salones con la amabilidad mas esquisita.

Estas recepciones, que me hacían trasnochár en demasia, redundaban por lo mismo en perjuicio de mi humanidad y *humanidades*, porque me tornaba cada vez mas flaco y amarillo, al paso que ignoraba por redondo hasta el mas insignificante supino. Ni siquiera, pues, podia decirse que era supina mi ignorancia. Mas en cambio de una ciencia que yo miraba con el mas cómico desden desde el Chimborazo de mi entusiasmo, iba criando una imaginacion encendida y melenuda, capaz de dar al traste con el poco sentido comun que me quedaba. Así lo comprendieron mis deudos y amigos, y así hube tambien de comprenderlo yo á la postre, por lo cual traté de ir apartándome paulatinamente de tan brava compañía. Desde luego me decidí á dedicar tan sólo un día á la semana, los viernes, á la lectura de novelas y á ser un poco mas cauto en su eleccion. Acudieron entónces á mi tertulia una porcion de personajes mas simpáticos y finos que los anteriores. Veíanse allí á Weter, Ivanohe, Atala, Eugenia Grandet, Wilhelm Meister y muchos otros que no recuerdo. Fernan-Caballero surtia tambien de amables personajes esta tertulia.

No cabia duda que los *viernes* del Sr. Palazio eran de lo mas ameno que por entónces existía. Así y todo mi profesor seguía considerándome como un bárbaro eseyta indigno de toda relacion con los héroes de la Eneida y hasta con los animales de las Geórgicas.

Al llegar á la edad en que ya no se le

pregunta á uno lo que lee sino lo que gana, me he visto obligado, con profundo dolor de mi alma, á poner de patitas en la calle á todos mis románticos amigos. Y los momentos en que mis ocupaciones me dan tregua, en vez de leer novelas, me dedico á escribirlas. Pero las escribo para adentro, por que hoy por hoy tengo la fantasía al servicio de mi corazón y tejo cada pocas horas, para mi uso particular unos cuentos tan fantásticos y patéticos, que á todos parecerían increíbles. Esta es la costumbre de las cosas inverosímiles.

Sin embargo, como siempre fui bastante amigo de pasar con la mía (¿quién no es amigo de pasar con la suya?) me he empeñado en demostrar á mi viejo maestro, que aquellas lecturas anti-clásicas que con tanto ardor persiguió en otro tiempo no fueron tan inútiles, ¿qué digo inútiles? tan perniciosas como él suponía, puesto que hoy me permiten cumplir con el deber que he contraído de escribir para el público.

Voy á describir, por tanto, cual viajero que se sienta á descansar, después de un largo viaje, las extrañas y rientes comarcas por donde anduve. Voy á lanzar á los vientos de la publicidad, impresiones, juicios, observaciones sobre mis lecturas atrasadas. Público amigo, no des la razón á mi viejo maestro; dignate recojerlas del suelo, aunque después las arrojes como frutos desahridos á los que falta la madurez de la experiencia.

He dicho que Fernan-Caballero perteneció á mi segunda época. Por cierto que me eran tan simpáticas sus creaciones y tan amables sus cuadros, que con ser yo muy devoto de la época presente y muy admirador de sus progresos, mas de una gana me asaltaba de volver casaca y hacerme servilón, tan solo por el placer de ocupar un puesto en sus escenas de familia y tratar personalmente á la mística *Elia* y á la sensible *Lágrimas*. Mas pronto reflexionala que no podía ser tal mi fuerza de disimulo que no asómara la oreja de negro en la ocasiou ménos prevista, y entonces tendria que pasar por el bochorno de ser arrojado de aquellos santos hogares y despreciado por aquellas lindas mujeres.

¡Quién me dijera entonces que yo, su admirador, su enamorado, haría, tiempo andan-

do, el papel de amiga envidiosa, poniéndome á buscarlas con la mayor sangre fría sus mas pequeños defectos! El papel de crítico, es, en verdad, muy desairado, á veces odioso, pero como acontece tambien con ciertos otros en las obras drámaticas, es absolutamente necesario para el buen orden y progreso de la literatura.

Bien que las novelas de Fernan-Caballero me encantasen siempre, no dejaba por eso de pensar vagamente aun en los tiempos de mayor entusiasmo que en ellas sobraba mucho. Ahora entiendo que falta no poco.

Para comprender bien á Fernan-Caballero es preciso tener presente, en primer término, que sus obras no son la expresion pura y sencilla de una fantasía que gusta de presentar al público la turba de imágenes que en ella flotan; sino mas bien la labor viva y apasionada de un pensamiento batallador. La novela es para él un arma con que asalta las conciencias y las somete á su imperio. Y ciertamente no he ser yo quien repruebe tal uso, cuando responde perfectamente á la naturaleza de este género literario, y no rompe con sus constantes tradiciones. La novela puede servir y ha servido siempre para un fin social. Mas debo advertir, para satisfaccion de ciertos escrúpulos literarios, que ántes que todo, la novela es una obra de arte, y que como tal, su fin primero es realizar belleza: lo demas se le otorga por añadidura. La novela, como toda obra de arte, puede aunque no debe por necesidad, enseñar algo; de hecho constituye un verdadero poder en nuestra sociedad, ejerce una influencia legítima en nuestras costumbres, y en ocasiones ha buscado y hallado arraigo para alguna idea peregrina. La tarea del crítico sobre este punto, consiste en observar de que modo se ha llevado á cabo todo esto. Nunca debe olvidarse de que es el defensor del arte contra los excesos de la pasión ó las invasiones del espíritu didáctico.

¿Cuál es la idea que agita el corazón femenino de Fernan-Caballero, que mueve su pluma y se encarna en sus novelas? La idea del pasado. Por él combate cuerpo á cuerpo, sin que le rinda jamás el sueño ó la fatiga, manejando con febril entusiasmo una daga tenue y afilada, la sola arma que puede ser-

teuer su delicada mano. Sus nevelas, no son mas; es decir, son además de obras muy bellas, un diluvio de alfilerazos á nuestra filosofía, á nuestras costumbres, á nuestra política. Son pequeños cuadros de antaño, que por la suavidad de su color, por su dibujo primoroso y por su ambiente diáfano, quiere hacer contrastar con los licenciosos cromos de ogaño.

Espera que el lector, al contemplarlos, eche de ménos con dolor, aquellos sabiondos frailes, aquellos severos padres, sumisos hijos y servidores fieles, comprenda la santidad de aquellos respetuosos besos en la mano, y la solemnidad de aquellos chocolates celebrados al amor del brasero; de todo lo cual gozaron nuestros abuelos dentro de la sana moral y del temor de Dios.

Y en verdad que el lector no deja de tener por ciertas las proposiciones de Fernan-Caballero y de extasiarse con las tiernas escenas que nos representa en sus cuadros. Mas como la funesta mania de pensar se ha introducido en todas la cabezas y es un mal que no tiene cura, doy en cabilar y da tambien el lector, pariente cercano mio, que para mudar de vida y volver á las usanzas de nuestros progenitores es de toda necesidad que Fernan-Caballero nos garantice que los frailes serán siempre sabiondos y mensurados, y no cicateros intrigantes, amigos de darse buena vida y de revolver por solaz la agena; los padres, siempre comedidos, incapaces de contrariar la legítima vocacion de sus hijos ni de abusar de su poder por ningun concepto; los nobles protectores generosos de la debilidad no insolentes disipadores de sus caudales. Y despues que todo esto nos garantice; es menester tambien que nos indique los medios de volver este pícaro mundo al estado que apetece. Aun que presumo que sólo se podrá dar cima á la empresa convocando una magna reunion de los humanos y conviniendo entre nosotros, despues de haber estudiado minuciosamente cada una de las épocas históricas, cuál es la que debemos preferir. Con esto, y con encargar á Paris que en vez de sombreros de copa se fabriquen en adelante bonetes y chamborgos y que apagén á toda prisa sus endiabladas luces eléctricas;

podríamos tal vez inaugurar de nuevo los tiempos de Mari-Castaña.

¿Pero y el espíritu? Pondríamos tambien bonete al espíritu?

Las novelas de Fernan-Caballero son de las que un notario eclesiástico, que vive en el cuarto segundo de mi casa, llama morales. Debo advertir que, segun la estética singular del infrascripto, las novelas no tienen otra division que en morales ó inmorales: Y ningunas con mejores títulos, pueden incluirse en el primero de los grupos que las de nuestro ortodoxo escritor. La moral entra por mucho, por casi todo, en sus obras; pero es justo que haga una observacion capital sobre este punto. La moral de Fernan-Caballero no surge en la escena, engrandecida por el dolor y por el combate, prestando eficaz respuesta y solucion al sombrío interrogatorio de la conciencia, disipando como un soplo de esperanza las nubes siniestras que se agrupan en la frente del hombre de este siglo. Es una moral de cortísimo vuelo destinada á colegialas de quince años y á jóvenes no bayan pasado en sus estudios de la segunda enseñanza. No resuelve mas cuestiones que las de obediencia á los padres, respeto á los mayores: castidad en las obras, palabras y pensamientos, dulzura con los inferiores y misericordia con los menesterosos. Es una moral de primera comunión.

ARMANDO P. VALDÉS.

(Concluirá.)

REVISTA GENERAL.

SUMARIO:—La Academia Argentina—Traduccion expresa para *La Ordina*—Un libro de poesías —Noticias musicales—Nuevos suscritores.

Entre las corporaciones literarias llamadas á impulsar el movimiento intelectual del país, figura en primera linea la Academia Argentina, compuesta de las inteligencias mas sobresalientes de la generacion jóven.

Anoche ha debido celebrar la sesion de apertura del corriente año.

Sabemos que algunos de sus miembros preparan importantes monografías sobre temas científicos y otras obras puramente literarias.

Dividida la Academia en secciones, corres-

poniendo cada una á determinada rama de la Ciencia, el pensamiento halla escenario para todas sus manifestaciones.

En la sesion de anoche, han debido presentarse varios trabajos de mérito, y entre ellos, uno de escultura del artista Correa Morales, y dos leyendas en verso de los poetas Coronado y Obligado.

..

En las literaturas extranjeras existen nombres que el viento de la publicidad no ha extendido todavía por el mundo.

Entre ellos este: Ludwig Kein.

Su patria es la Alemania, es decir, la patria de la poesia *idealista*.

Una de sus baladas se titula *El alma que sufre* y es bellísima en concepto de su fondo y de su forma. Es lo que suele llamarse "una joyita literaria."

Dias pasados nos leía el original, traduciéndolo, uno de nuestros amigos: cuando la lectura terminó, le dijimos: "exhortamos á Vd. á que realice su traduccion."

Nada nos prometió; pero ayer la recibíamos en momentos en que *La Ordina* cerraba sus páginas.

Por este motivo reservamos su insercion para el número próximo.

..

Con el titulo de *Hojas intimas* ha publicado la coleccion de sus poesias el jóven poeta oriental, Avelino Estados, que, en diversas ocasiones, nos ha favorecido con su colaboracion.

Algunos pocos ejemplares llegados á esta ciudad, se hallan en venta en la libreria del señor Casavalle, Calle del Perú.

Agradecemos al autor el que nos ha remitido.

..

La compañía lirica contratada por el Sr. Ferrari para actuar en el teatro Colon se ha embarcado en el vapor *Poitou* que en breve arribará á nuestras playas.

—En el vapor *Italia* viene la compañía que trabajará en el teatro de la *Opera*.

—Á fines del presente mes el maestro Aguirre partirá con destino á España con el fin de arreglar y organizar definitivamente la compañía de

zarzuela, que dará algunas funciones en Rio Janeiro y pasará en seguida á Buenos Aires.

Dicha compañía pondrá en escena tambien algunas óperas españolas.

..

Nombre de las personas suscritas últimamente á *La Ordina*

Acosta Francisco

Abesada Maria

Borda Adelaida

Bianchi Clotilde

Cabral Dionicia

Chave Ninfá

Coronado Isidora

Diaz Agueda U.

Diz Teófila de

Devoto Luisa C. de

Garcia de Zuñiga Sra. de

Ismrit Maria

Jauregui Feliza B. de

Lopez Baldomero

Maldonado Adelina

Martinez Petroua

Novaro Rosa

O'Corruor Ana

Perez Isabel P. de

Potier Sofía

Pacheco Maria

Pretat Maria

Quintana Carolina H. de

Quiroga Ignacia

Reyes Luisa

Silva Sra. de

Solicerlla Emilio

Soler Margarita

Sanchez Teodoro

Solari Daniel

Vila Rosa R. de